

Índice

La ciudad del Diablo Amarillo

El reino del tedio

"Mob"

Uno de los reyes de la república

Los dueños de la vida

El sacerdote de la moral

Los dueños de la vida

– ¡Ven conmigo a las fuentes de la verdad! –me invitó, riéndose, el Diablo, y me llevó a un cementerio.

Y mientras dábamos vueltas lentamente por los angostos senderos, entre las viejas piedras y las lápidas de hierro que cubrían las tumbas, el Diablo habló con la voz cansada de un viejo profesor harto de predicar en vano su sabiduría.

– Bajo tus plantas –me dijo– yacen los artífices de las leyes que te gobiernan; con la suela de tu bota pisas las cenizas de los carpinteros y de los forjadores que han construido una jaula para la fiera que hay dentro de ti.

Y reía con una risa mordaz de desprecio por los hombres, bañando la hierba de las sepulturas y el moho de los panteones con el verdoso resplandor de la mirada glacial de sus ojos cargados de angustia. La tierra grasienta de los muertos se adhería en

gruesos pegotes a mis pies. Era difícil andar por los senderos, entre los monumentos que coronaban las tumbas de la sabiduría humana.

– ¿Por qué tú, hombre, no te inclinas, reconocido, ante las cenizas de los que han creado tu alma? –preguntó el Diablo con una voz parecida al soplo húmedo del viento de otoño, y sus acentos hicieron temblar mi cuerpo y mi corazón, rebosante de un angustioso desasosiego. Las ramas tristes de los árboles se balanceaban suavemente sobre las viejas sepulturas de los hombres, rozando, húmedas y frías, mi rostro.

– ¡Rinde pleitesía a los monederos falsos! Son ellos los que han producido nubes de pensamientos grises y mezquinos, calderilla de tu cerebro; ellos han creado tus costumbres, tus prejuicios y todo lo que constituye tu vida. Agradéceselo; ¡estos muertos te han legado una enorme herencia!

Las hojas amarillas caían lentamente sobre mi cabeza y se deslizaban hasta mis pies. La tierra del cementerio absorbía, ansiosa, el alimento fresco: las hojas muertas de los días de otoño.

– Aquí yace un sastre que revestía a las almas humanas de las pesadas casullas grises de los prejuicios. ¿Quieres verle?

Yo incliné en silencio la cabeza. El Diablo golpeó con el pie en la lápida vieja, corroída por la herrumbre, que recubría una tumba y llamó:

– ¡Eh, tú, erudito! Arriba...

La lápida se levantó y, exhalando un triste suspiro de barro inquietado, se abrió una tumba poco honda, como un portamonedas comido por la podre. En la húmeda oscuridad refunfunó una voz:

– ¿Quién despierta a los muertos después de media noche?

– ¿Ves? –me preguntó sonriente el Diablo–; los artífices de las leyes de la vida siguen siendo fieles a sí mismos hasta podridos.

– ¡Ah, es usted, Patrón! –dijo el esqueleto, sentándose al borde

de la tumba, e inclinó su cráneo vacío hacia el Diablo con aire de independencia.

– ¡Sí, soy yo! –respondió el Diablo. Te traigo a uno de mis amigos... Se ha embrutecido entre los hombres a quienes tú enseñabas sabiduría, y ahora ha llegado a su fuente para curarse de esta infección...

Yo contemplaba al sabio con el respeto debido. Los huesos de su cráneo no tenían ya carne, pero la expresión de suficiencia no se había podrido aún en su rostro. De cada hueso irradiaba, como una luz opaca, la conciencia de pertenecer a un sistema óseo extraordinariamente perfecto, único en su género. . .

– ¿Qué has hecho tú en la tierra? ¡Cuéntanoslo! –propuso el Diablo.

El muerto, grave y orgulloso, se arregló con los huesos de sus manos los oscuros andrajos de su sudario y de su carne, que pendían miserablemente de sus costillas. Después levantó altivamente los huesos de la mano derecha al nivel del hombro y, señalando con la articulación desnuda de un dedo las sombras del cementerio, habló impasible y monótono:

– Yo he escrito diez gruesos libros que han infundido en los hombres la gran idea de la superioridad de la raza blanca sobre la raza de color. . .

– Traducido al lenguaje de la verdad –dijo el Diablo–, eso suena así: yo, solterona estéril, toda mi vida he hecho, con la aguja roma de mi inteligencia y con viejas hebras de lana de ideas usadas, gorros de tonto para los que gustan de mantener su cráneo en un lugar quieto y templado...

– ¿No tiene usted miedo a ofenderle? –pregunté en voz baja al Diablo.

– ¡Oh! –exclamó él. ¡Los sabios hasta en vida oyen mal la verdad!

– Sólo la raza blanca –continuó el sabio– ha podido crear una

civilización tan compleja y establecer unos principios de moral tan severos. Esto lo debe al color de su piel, a la composición química de la sangre, como he podido demostrar yo...

– ¡El lo ha demostrado! –repitió el Diablo con un ademán afirmativo de cabeza. No hay bárbaro más convencido de su derecho a ser cruel que el europeo. ..

– El cristianismo y el humanismo han sido creados por los blancos –continuó el muerto.

– Por la raza de los ángeles, a quienes debe pertenecer toda la tierra –le interrumpió el Diablo. Esta es la razón de que la tiñan tan celosamente de su color favorito: el rojo de la sangre. ..

– Ellos han creado una riquísima literatura, una técnica admirable –enumeró el muerto, contando con los huesos de los dedos. ..

– Tres decenas de buenos libros y un número incontable de armas para el exterminio de los hombres... –explicó, riéndose, el Diablo. ¿Dónde la vida ha sido más fragmentada que entre esta raza, y dónde el hombre ha sido reducido a un nivel más bajo que entre los blancos?

– ¿Quizá el Diablo no tenga siempre razón? –pregunté.

– El arte de los europeos ha alcanzado cimas inconmensurables –masculló el esqueleto, seco y aburrido.

– ¡Quizá el Diablo quisiera equivocarse! –exclamó mi acompañante. Es fastidioso tener siempre razón. Pero los hombres no viven más que para nutrir mi desprecio. .. Las semillas de la trivialidad y de la mentira producen las cosechas más ricas de la tierra. Ahí delante tiene usted a un sembrador. Como todos ellos, no ha dado nada nuevo; únicamente ha resucitado los cadáveres de los viejos prejuicios, revistiéndoles de palabras nuevas... ¿Qué se ha hecho en la tierra? Han sido construidos palacios para unos pocos, iglesias y fábricas para la multitud. En las iglesias se mata a las almas; en las fábricas, a los cuerpos, para que los palacios sigan inquebrantables. Se envía a los hombres a las entrañas de la

tierra en busca de carbón y de oro, y este trabajo miserable es retribuido con un trozo de pan, al que se añade plomo y hierro.

– ¿Es usted socialista? –pregunté al Diablo.

– Yo quiero la armonía –me respondió. Me repugna que el hombre, este ser naturalmente entero, sea dividido en fragmentos minúsculos y se haga de él un arma para la mano codiciosa de otro. Yo no quiero esclavos; la esclavitud es algo que repugna a mi espíritu... Y por eso he sido arrojado desde lo alto del cielo. Donde hay autoridades, la esclavitud espiritual es inevitable; allí siempre florecerá opulento el moho de la mentira... ¡Que viva toda la tierra! Que arda todo el día entero, aunque por la noche no queden más que cenizas de ella. Hace falta que todos los hombres se enamoren un día... El amor, como un sueño maravilloso, aparece sólo una vez, pero en esta vez única reside todo el sentido del ser...

El esqueleto se apoyaba en una piedra negra y el viento gemía dulcemente en la caja vacía de su costillar.

– ¡Debe tener frío y sentirse incómodo! –dije yo al Diablo.

– Me es agradable ver a un hombre de ciencia que se ha desembarazado de todo lo superfluo. Su esqueleto es el esqueleto de su idea... Veo qué original ha sido. .. Junto a él yacen los restos de otro sembrador de verdades. Despertémosle también. En vida, todos ellos aman el reposo y trabajan en la creación de normas para el pensamiento, para los sentimientos, para la vida: deforman las ideas recién nacidas y fabrican para ellas féretros cómodos y pequeños. Pero, al morir, quieren que no se les olvide... ¡Comprachicos, arriba! Le traigo a un hombre que necesita un féretro para sus pensamientos.

Y de nuevo vi aparecer ante mí, emergiendo de la tierra, un cráneo vacío y desnudo, desdentado, amarillo, pero, a pesar de todo, emanando satisfacción de sí mismo. Debía llevar ya mucho en la tierra: sus huesos carecían de carne. Se puso en pie junto a la pie-

dra que cubría su tumba, y sus costillas dibujáronse sobre la lápida negra como galones en el uniforme de un chambelán.

– ¿Dónde guarda sus ideas? –pregunté.

– ¡En los huesos, amigo, en los huesos! En ellos, las ideas son como el reumatismo o la gota: penetran en la médula de los costillares.

– ¿Cómo va mi libro, Patrón? –preguntó con una voz sorda el esqueleto.

– ¡Sigue esperando, profesor! –respondió el Diablo.

– ¿Es que los hombres ya no saben leer? –volvió a preguntar el profesor después de reflexionar un poco.

– No, continúan leyendo tonterías con mucho gusto... pero una tontería aburrida espera a veces bastante tiempo antes de llamar su atención... El profesor –dijo el Diablo, volviéndose hacia mí– se ha pasado la vida midiendo cráneos de mujer para demostrar que la mujer no es un ser humano. Ha medido centenares de cráneos, ha contado los dientes, ha medido las orejas, ha pesado cerebros muertos. El trabajo con los cerebros muertos era la ocupación favorita del profesor; de ello hablan todos sus libros. ¿Los ha leído usted?

– Para ir a los templos yo no paso por las tabernas –respondí. Y, además, no sé estudiar al hombre en los libros: en ellos los hombres son siempre números quebrados, y yo conozco mal la aritmética. Pero creo que un ser humano sin barba y con falda no es ni mejor ni peor que un ser humano con barba, pantalones y bigote.

– Sí –afirmó el Diablo–, la trivialidad y la tontería penetran en el cerebro independientemente del traje y de la cantidad de cabellos en la cabeza. Pero, con todo, el problema de la mujer ha sido planteado de una manera sugestiva –y el Diablo se rió, como de costumbre. Siempre se ríe; por eso es agradable hablar con él. Quien sabe y puede reírse en un cementerio –¡creedme!–, ama la vida y a los hombres...

– Unos, para quienes la mujer es necesaria únicamente como esposa y como sierva, afirman que no es un ser humano –siguió. Otros, sin renunciar a utilizarla como mujer, querrían explotar en vasta escala su energía y afirman que sirve por completo para trabajar en todos los sitios igual que el hombre, es decir, para él. Naturalmente, los unos y los otros, una vez que han violado a una muchacha, no la admiten en su sociedad: están seguros de que, después de haber tenido contacto con ellos, queda mancillada para siempre... No, ¡la cuestión femenina es muy divertida! Me gusta ver a los hombres cuando mienten candorosamente; entonces parecen niños, y uno tiene la esperanza de que crecerán con el tiempo... El rostro del Diablo evidenciaba que no quería decir nada halagüeño acerca de los hombres en el futuro. Pero yo mismo puedo decir de ellos muchas cosas poco halagüeñas en el presente, y, no deseando la concurrencia del Demonio en esta agradable y fácil ocupación, interrumpí su discurso:

– Se dice que allí adonde el mismo diablo no llega, manda a la mujer, ¿es cierto?

El se encogió de hombros y repuso:

– Suele ocurrir... Si no hay a mano un hombre bastante inteligente y miserable...

– No sé por qué, pero me parece que ha dejado usted de amar el mal –observé.

– ¡El mal ya no existe! –respondió, suspirando, el Diablo. ¡Sólo hay vileza! En tiempos, el mal era una hermosa fuerza. Pero ahora... hasta se mata de un modo vulgar: en primer término, se maniató a la víctima. Ya no hay malvados; sólo quedan los verdugos. El verdugo es siempre un esclavo. Es una mano y un hacha puesta en acción por la fuerza del terror, por los impulsos del miedo... Se mata a quienes se teme...

Los dos esqueletos permanecían, juntos, sobre sus tumbas, y las hojas de otoño iban a caer, lentas, a sus huesos. El viento tocaba

tristemente en las cuerdas de sus costillas y zumbaba en el vacío de las calaveras. Una sombra húmeda y olorosa miraba desde las órbitas profundas. Los dos temblaban. Yo tuve lástima de ellos.

– ¡Que vuelvan a sus sitios! –dijo al Diablo.

– ¡Eres humanista incluso en el cementerio! –exclamó él. El humanismo es más oportuno entre los cadáveres: aquí no molesta a nadie. En las fábricas, en las plazas y en las calles de las ciudades, en las cárceles y en las minas, entre los hombres vivos, el humanismo es ridículo y hasta puede suscitar un sentimiento de rencor. Aquí no hay nadie que sería de él: los muertos están siempre serios. Y yo estoy seguro de que les agrada oír hablar del humanismo: es su hijo nonato... Y, sin embargo, no eran idiotas los que deseaban colocar en la escena de la vida esta bella decoración para ocultar el horror tétrico del martirio de los hombres, la fría crueldad de un puñado de fuertes... con la fuerza de la tontería de todos...

Y el Diablo se rió con la risa estridente de la siniestra verdad.

En el cielo sombrío titilaban las estrellas, las piedras negras se mantenían inmóviles sobre las tumbas del pasado. Pero su olor a podredumbre filtrábase a través de la tierra, y el viento llevaba el aliento de los cadáveres a las calles dormidas de la ciudad, envuelta en el silencio de la noche.

– Aquí yacen no pocos humanistas –siguió el Diablo, señalando con un amplio gesto las tumbas que le rodeaban. Algunos de ellos fueron hasta sinceros... En la vida hay muchos errores divertidos, y quizá éste no sea el más ridículo... Y junto a ellos, en paz y armonía, yacen los maestros de la vida de un género distinto, los que trataron de colocar unos cimientos sólidos al viejo edificio de la mentira, levantado con tanta paciencia y tanto esfuerzo por miles de miles de muertos...

De lejos llegaron los sonidos de una canción... Dos o tres gritos alegres fluyeron, estremeciéndose, sobre el cementerio. Sin duda,

algún juerguista iba, despreocupado, hacia su tumba entre las sombras.

– Bajo esta pesada losa se pudren altaneramente las cenizas de un sabio que enseñó que la sociedad es un organismo semejante... al mono o al cerdo, no le recuerdo. ¡Eso está bien para los que quieren considerarse el cerebro del organismo! Casi todos los políticos y los jefes de bandas de ladrones son partidarios de esa teoría. Si yo soy el cerebro, muevo las manos como quiero, siempre conseguiré aplastar la resistencia instintiva de los músculos a mi poder soberano. ¡Sí! Aquí yacen las cenizas de uno que exhortaba a los hombres a volver hacia atrás, hacia los tiempos en que se arrastraban a cuatro patas y comían gusanos. Y el sabio trataba de demostrar celosamente que éstos fueron los días más felices de la vida. Andar a dos pies, vestir una buena levita y aconsejar a los demás: dejasos crecer otra vez las lanas, ¿no es eso original? Leer versos, oír música, visitar los museos, recorrer en un día cientos de verstas y predicar para todos una vida simple en los bosques, a cuatro patas: ¡verdaderamente, no está mal! Y éste tranquilizaba a los hombres y justificaba su vida, demostrando que los delincuentes no son seres humanos, que son una voluntad mórbida, un tipo particular, antisocial. Son enemigos de las leyes y la moral por naturaleza; es decir, no hay que guardar miramientos con ellos. Sólo la muerte cura los crímenes. ¡Qué inteligencia ¡.Cargar a uno solo los delitos de todos, calificándole previamente de receptáculo natural del vicio y de portador orgánico de la mala voluntad: ¿acaso está mal eso? Siempre hay en la vida alguien que justifica su monstruosa estructura, deformadora del alma. Los sabios dan un sentido hasta al hecho de sonarse las narices. Sí, el cementerio abunda en ideas que podrían servir para una organización mejor de la vida en las ciudades...

El Diablo miró en torno suyo. Una iglesia blanca, como el dedo de un esqueleto-coloso, sé levantaba en silencio del vergel fértil

de los muertos hacia el cielo sombrío, hacia la muda llanura de las estrellas. Sobre las fuentes de la sabiduría, una masa compacta de piedras, revestida de la casulla del moho rodeaba esa chimenea, que expandía por los desiertos del universo el humo acre de las oraciones y de los lamentos humanos. El viento, saturado de un olor grasiento a podredumbre, balanceaba levemente las ramas de los árboles, arrancando las hojas muertas. Y las hojas iban a caer sin ruido sobre la morada de los artífices de la vida...

– Ahora organizaremos un pequeño desfile de muertos, ¡un ensayo del juicio final! –anunció el Diablo, caminando delante de mí por un sendero sinuoso, entre los túmulos y las piedras. ¿Sabes? ¡Habrá juicio final! ¡Se celebrará en la tierra y ese día será para ella el mejor de todos! Llegará el día en que los hombres se den cuenta de todos los crímenes que han cometido contra ellos los maestros y los legisladores de la vida, los que han desgarrado al hombre en pedazos minúsculos y absurdos de carne y de huesos. Todo lo que ahora vive bajo el nombre de persona, son fragmentos: el hombre entero no ha sido creado aún. Surgirá de la ceniza de las experiencias sufridas por el mundo y, después de absorber la experiencia del mundo como el mar absorbe los rayos del sol, arderá sobre la tierra lo mismo que otro sol. ¡Yo lo veré! ¡Porque yo estoy creando al hombre, yo lo crearé!

El viejo empezaba a alabarse un poco, cayendo en un lirismo impropio de un demonio. Yo no se lo tuve en cuenta. ¿Qué hacer? La vida deforma incluso al Diablo, corroyendo con sus tóxicos su alma bien forjada. Además, todo el mundo tiene la cabeza redonda y las ideas esquinadas, y cualquiera, al mirarse en el espejo se ve hermoso.

Deteniéndose entre las sepulturas, el Diablo gritó con una voz imperativa de soberano:

– ¿Quién hay aquí sabio y honrado? ...

Se hizo un instante de silencio; luego –de repente– la tierra se

estremeció bajo mis pies, y fue como si montones de nieve sucia cubrieran los túmulos del cementerio. Como si miles de relámpagos la hubiesen hendido desde dentro o en sus entrañas se hubiera revuelto, convulsivo, un monstruo gigantesco. Todo alrededor se cubrió de flores de un amarillo sucio; en todas partes, exactamente como tallos de hierbas secas al viento, se balancearon los esqueletos, llenando el silencio con el roce de sus huesos y con los golpes secos de las articulaciones al chocar entre sí y contra las lápidas de las tumbas. Empujándose unos a otros, los esqueletos treparon sobre las piedras, por todos los sitios veíanse cráneos, parecidos a dientes de león, la densa red de las costillas formó una estrecha jaula alrededor de mí, temblaban tirantes las tibias bajo el peso de los huesos deformes de las pelvis, y todo, en torno, bullía en una muda agitación...

La risa glacial del Diablo apagó los vagos sonidos.

– Mira, han salido todos, ¡hasta el último! –dijo. ¡Incluso los tontos de las ciudades están entre ellos! La tierra ha sentido náuseas y ha vomitado de sus entrañas la sabiduría muerta de los hombres...

El húmedo rumor aumentaba rápidamente. Parecía que una mano invisible hurgaba ávida en la basura mojada, barrida por el portero hasta un rincón del patio.

– ¡Fíjate cuántos hombres honrados y sabios ha habido en la vida! –exclamó el Diablo, desplegando sus amplias alas sobre los miles de escombros que le ceñían de todas partes.

– ¿Quién de vosotros ha hecho más bien a los hombres? –preguntó en voz alta.

Todo crepité en torno, igual que las setas cuando son fritas con crema de leche en una sartén grande.

– ¡Permítame pasar delante! –gritó alguien con angustia.

– ¡Soy yo, Patrón, aquí estoy! Yo he demostrado que la unidad es un cero en la suma de la sociedad.

– ¡Yo he ido más adelante que él! –replicó otro a lo lejos. Y he enseñado que toda la sociedad es una suma de ceros y que por eso las masas deben someterse a la voluntad de los grupos.

– ¡Y a la cabeza de los grupos se encuentra la unidad, que soy yo! –gritó, solemne, alguien.

– ¿Por qué usted? –resonaron con inquietud algunas voces.

– ¡Mi tío era rey!

– ¡Ah! ¿Es al tío de vuestra alteza a quien le cortaron prematuramente la cabeza?

– ¡Los reyes pierden la cabeza siempre a tiempo! –respondieron orgullosos unos huesos descendientes de huesos que en tiempos se sentaron en el trono.

– ¡Oh! –corrió un rumor de satisfacción. ¡Entre nosotros hay un rey! Esto no ocurre en todos los cementerios. ..

Los murmullos altaneros y el roce de los huesos se fundían en un solo ovilla, haciéndose más densos, más pesados.

– Fíjense ustedes, ¿es cierto que los huesos de los reyes son azules? –se apresuró a inquirir un esqueleto pequeño con la columna vertebral torcida.

– Permítanme que les diga... –empezó sentenciosamente un esqueleto, montado sobre un panteón.

– ¡El mejor emplasto para los callos es el mío! –gritó alguien detrás de él.

– Yo soy el arquitecto que. ..

Pero un esqueleto ancho y bajo, apartando a todos con los huesos de sus brazos cortos y ahogando el murmullo de las voces muertas, gritó:

– ¡Hermanos en Cristo! ¿No soy yo vuestro galeno espiritual, no soy yo quien os ha curado con el emplasto de un dulce consuelo los callos del alma, originados por las zozobras de vuestra vida?

– ¡No hay sufrimientos! –manifestó, irritado, alguien. Todo existe únicamente en la imaginación.

- El arquitecto que ha inventado las puertas bajas...
- ¡Y yo el papel matamoscas!...
- ... para que la gente al entrar en la casa, inclinara forzosamente la cabeza ante el amo. .. –siguió, insistente, la voz.
- ¿Acaso no me corresponde a mí la primacía, hermanos? ¡Yo he dado de beber a vuestras almas, que ansiaban olvidar las penas, os he alimentado con la leche y la miel de mis reflexiones sobre la vanidad de todo lo terrenal!
- ¡Todo lo que existe ha sido establecido de una vez para siempre! –bordoneó una voz sorda.

Un esqueleto cojo, sentado en una piedra gris, levantó su pierna única y, extendiéndola, gritó no se sabe por qué:

– ¡Seguro que es así!

El cementerio se convirtió en un mercado, donde cada uno pregonaba su mercancía. En el oscuro desierto del silencio nocturno vertíase un río revuelto de gritos apagados, un torrente de inmundas alabanzas, de egoísmo asfixiante. Parecía que una nube de mosquitos girase sobre un hediondo pantano y cantara, gimiese y zumbara, llenando el aire de todos los miasmas, de todos los venenos de las tumbas. Todos se aglomeraban alrededor del Diablo, fijando en su rostro las órbitas negras y los dientes apretados, como si fuese un traperero. Resucitaban, una tras otra, las ideas muertas y revoloteaban en el aire, lo mismo que miserables hojas de otoño.

El Diablo contemplaba este hervor con sus ojos verdes, y su mirada vertía una luz fría y fosforescente en los montones de huesos.

Un esqueleto sentado en el suelo, a sus pies, hablaba, elevando los huesos de sus manos por encima de la calavera y balanceándolos rítmicamente en el aire:

– Toda mujer debe pertenecer a un solo hombre...

Pero en su rumor se integró otro sonido, como si las palabras de

su discurso se entrelazaran de modo extraño con otras palabras.

– ¡Sólo el muerto está en posesión de la verdad!...

Y otras palabras revoloteaban lentamente:

– El padre, dije yo, es como una araña...

– ¡Nuestra vida sobre la tierra es un caos de errores y un abismo de tinieblas!

– Yo he estado tres veces casado, y las tres por la ley...

– Durante toda la vida él teje incansablemente la tela del bienestar de su familia...

– Y cada vez con una sola mujer...

Y de súbito apareció un esqueleto, que hacía rechinar penetrantemente los huesos amarillos y careados. El recién llegado elevó a los ojos del Diablo su cara semideshecha y manifestó:

– ¡Yo he muerto de sífilis, sí! ¡Pero, de todas formas, respetaba la moral! Cuando mi mujer me engañó, yo mismo sometí su infame proceder al juicio de la ley y de la sociedad...

Pero fue echado hacia atrás, relegado a segundo término por otros huesos, y de nuevo, como el sordo aullido del viento en el interior de una chimenea, estallaron unas voces mezcladas:

– ¡Yo he inventado la silla eléctrica! ¡Mata a los hombres sin hacerles sufrir!

– Yo he consolado a los hombres: más allá de la tumba os aguarda la bienaventuranza eterna...

– El padre da a sus hijos la vida y los alimentos... el hombre se hace hombre después de ser padre, pero hasta entonces no es más que un miembro de la familia...

Un cráneo de forma ovoide, con pingajos de carne en la cara, decía sobre la cabeza de los otros:

– Yo he probado que el arte debe someterse a la suma de opiniones y de conceptos, de hábitos y de necesidades de la sociedad. ..

Otro esqueleto, montado sobre un panteón en forma de árbol quebrado, repuso:

- ¡La Libertad puede existir únicamente como anarquía!
- El arte es un agradable remedio para el alma, harta de la vida y del trabajo...
- ¡Soy yo quien afirmaba que la vida es trabajo! –se oyó desde lejos.
- Que el libro sea bello, como las cajitas de píldoras que venden en las farmacias. ..
- Todos los hombres deben trabajar, algunos tienen la obligación de vigilar el trabajo... De sus resultados goza todo el que está destinado a ello por sus cualidades y sus méritos...
- El arte debe ser hermoso y penetrado de amor al hombre... Cuando me siento fatigado, el arte me canta canciones de reposo...
- A mí –habló el Diablo– me gusta el arte libre, que no sirve más que a la diosa de la belleza y a ningún otro dios.

Me gusta especialmente cuando el arte, como un joven casto que sueña con la belleza inmortal, inflamado por la sed de gozar de ella, arranca las vestiduras abigarradas del cuerpo de la vida... y la vida se le aparece lo mismo que una vieja libertina, con la piel ajada, llena de arrugas y de llagas. La ira insensata, la nostalgia de la belleza y el odio al pantano estancado de la vida, he ahí lo que yo amo en el arte... Los amigos de un buen poeta son la mujer y el demonio.. .

Del campanario partió un gemido de bronce, que se extendió sobre la ciudad de los muertos, oscilando suave e invisible en la sombra, como un gran pájaro de alas transparentes... El guardián nocturno, somnoliento, debía haber sacudido perezosamente, con una mano insegura y flácida, la cuerda de la campana. El sonido de bronce flotó algún tiempo en el aire y murió. Pero antes de apagarse su última vibración, resonó un nuevo toque penetrante de la campana despertada de la noche. Se estremeció tenuemente el aire asfixiante, y a través del triste zumbido del bronce tembloroso se filtró el rumor de los huesos, el susurro de las voces secas.

Y de nuevo escuché los tediosos discursos de la tontería importuna, las palabras viscosas de la vileza muerta, el murmullo insolente de la mentira triunfante, el rumor irritado de la presunción. Revivían todas las ideas de que viven los hombres de las ciudades, pero no había ni una sola de las que pueden constituir su orgullo. Se oía resonar todas las cadenas herrumbrosas que aherrojan el alma de la vida, pero no resplandeció ni uno solo de los relámpagos que iluminan altivamente las tinieblas del alma humana.

– ¿Dónde están los héroes? –pregunté al Diablo.

– Son modestos, y sus tumbas han sido olvidadas. ¡En vida les han oprimido y en el cementerio les aplastan los huesos muertos! –me respondió, agitando las alas para disipar el olor grasiento a podrido, que nos rodeaba como una nube oscura, en la que rebullían, iguales a gusanos, las voces grises y monótonas de los muertos.

El zapatero decía que, de todos los hombres de su gremio, él era el primero con derecho a la gratitud de los descendientes: había inventado las botas de puntera estrechas. El hombre de ciencia que había descrito en su libro miles de arañas, afirmaba que era el más grande de los sabios. El inventor de la leche artificial gemía irritado, apartando de sí al inventor del cañón de tiro rápido, que explicaba obstinadamente a todos los que le rodeaban el provecho de su trabajo para el mundo. Miles de sutiles y húmedos hilillos apretaban el cerebro, adhiriéndose a él como serpientes. Y todos los muertos, cualquiera que fuese el objeto de sus discursos, hablaban como moralistas estrictos, como carceleros de la vida, enamorados de su oficio.

– ¡Basta! –dijo el Diablo. Me aburre esto... Me aburre todo en los cementerios de los muertos y en las ciudades, cementerios para los vivos... ¡Eh, guardianes de la verdad! ¡A las tumbas! ...

Lo gritó con la voz férrea del señor a quien repugna su poder.

Entonces la masa gris cenicienta y amarilla de los restos morta-

les crepité de pronto, giró y se agitó, como el polvo sacudido por un torbellino. La tierra abrió miles de fauces oscuras y, con un chasquido perezoso, como un cerdo hartado, se tragó otra vez la comida que había vomitado para seguir digiriéndola... Todo desapareció de pronto, las piedras se removieron y se asentaron de nuevo firmemente en sus sitios. Sólo quedaba el olor asfixiante, que oprimía la garganta con una mano húmeda y pesada.

El Diablo tomó asiento en una tumba y, apoyando los codos en las rodillas, rodeó su cabeza con los largos dedos de sus manos negras. Sus ojos, inmóviles, se detuvieron en la lejanía oscura, en la masa de las piedras y de los sepulcros. . . Las estrellas ardían sobre su cabeza. En el cielo esclarecido bogaban dulcemente los sonos de bronce de la campana, despertando a la noche.

– ¿Has visto? – me dijo. Sobre el terreno movedizo, emponzoñado y viscoso de todo este moho estúpido, de esta simple mentira y esta pegajosa trivialidad ha sido construido el edificio estrecho y sombrío de las leyes de la vida, la jaula en que los difuntos os han metido a todos como a borregos... La pereza y la cobardía de pensar refuerzan con flexibles anillos vuestra prisión. Los verdaderos amos de vuestra vida son siempre los muertos, y aunque os gobiernen hombres vivos, son los difuntos quienes les inspiran. Las tumbas son la fuente de la sabiduría de la vida. Yo afirmo que vuestro sentido común es una flor alimentada por el jugo de los cadáveres. Pudriéndose rápidamente en la tierra, el muerto quiere vivir para siempre en el alma del hombre vivo. Las cenizas finas y secas de los pensamientos muertos penetran libremente en el cerebro de los vivos, ¡por eso vuestros predicadores de la sabiduría son siempre predicadores de la muerte del espíritu!

El Diablo levantó la cabeza, y sus ojos verdes se detuvieron en mi rostro como dos estrellas heladas.

– ¿Qué se predica en la tierra con las voces más estentóreas, qué se quiere afirmar en ella de un modo inmutable? El desmembra-

miento de la vida. Lo legítimo de la diversidad de situaciones para los hombres y lo necesario de la unidad de las almas para ellos. La uniformidad cuadrada de todas las almas, para que se pueda colocar cómodamente a los hombres como ladrillos, haciendo con ellos todas las figuras geométricas que convengan a unos cuantos dueños de la vida. Esta prédica farisaica de la conciliación del amargo sentimiento de los esclavizados con la voluntad cruel y embustera de los esclavizadores obedece al vil deseo de matar el espíritu fecundo de la protesta; esta prédica no es más que un miserable afán de construir con las piedras de la mentira una cripta para la libertad del espíritu...

Amanecía. Y en el cielo, palidecido en la espera del sol, se apagaban poco a poco las estrellas. Pero los ojos del Diablo brillaban más y más.

– ¿Qué es preciso predicar a los hombres, para que su vida sea bella y armoniosa? La uniformidad de las situaciones para todos y la diversidad para todas las almas. Entonces la vida será una mata de flores, unidas por la raíz del respeto de todos a la libertad de cada uno; entonces será una hoguera encendida en el terreno de un sentimiento de amistad común a todos y de un anhelo común a elevarse más... Entonces se enfrentarán las ideas, pero los hombres continuarán siendo camaradas. ¿Es imposible? ¡Esto debe ser, porque aún no ha sido!

– ¡Llega el día! –siguió el Diablo, mirando hacia oriente. Pero ¿a quién traerá venturas el sol si la noche duerme en el corazón mismo del hombre? Los hombres no tienen tiempo de acoger el sol; la mayoría de ellos quiere únicamente pan. Unos tratan de darlo en la menor cantidad posible; otros marchan solitarios, en el ajetreo de la vida, y buscan incesantemente la libertad sin poder encontrarla en medio de la lucha incansable por el pan. Y en su desesperación, infelices, enfurecidos por la soledad, empiezan a conciliar lo inconciliable. Y así se hunden los mejores hombres en

el cieno de la grosera mentira, primero sin advertir sinceramente la traición a sí mismos, después traicionando a conciencia su fe, sus búsquedas. ..

El Diablo se levantó y abrió, poderoso, las alas.

– Me voy yo también por el camino de mis esperanzas, al encuentro de las hermosas posibilidades...

Y, acompañado por la triste canción de la campana –sonidos moribundos de bronce– voló hacia occidente. ..

Cuando referí este sueño a un norteamericano con más aspecto de hombre que otros, se quedó pensativo al principio y después exclamó, sonriente:

– ¡Ah, comprendo! ¡El Diablo era agente de una compañía de hornos crematorios! ¡Claro que sí! Todo lo que él dijo demuestra la necesidad de incinerar los cadáveres... Pero, ¿sabe usted?, ¡qué magnífico agente! Para servir a su compañía, hasta se aparece en sueños a los hombres...